

MARCOS AYERRA

LA GRAN OPORTUNIDAD ARGENTINA

(Y CÓMO APROVECHARLA)



DAF IMPRESIONES

MARCOS AYERRA

LA GRAN OPORTUNIDAD ARGENTINA

(Y CÓMO APROVECHARLA)



Ayerra, Marcos

La gran oportunidad argentina / Marcos Ayerra. - 1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : DAF Impresiones, 2022.

82 p. ; 21 x 15 cm.

ISBN 978-987-47912-2-1

1. Narrativa Argentina. 2. Novelas Testimoniales. 3. Organización Nacional . I. Título.

CDD A863

Edición al cuidado de Paula Viale

Diseño Gráfico: Belén Toscano

© 2022, Marcos Ayerra

DAF Impresiones

Lugar de impresión: Ciudad Autónoma de Buenos Aires

1ª edición: diciembre 2022

Quedan prohibidos dentro de los límites establecidos por la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de la titular del copyright.

Impreso en Argentina

ISBN 978-987-47912-2-1

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723



*A todas las personas que desean vivir en una sociedad justa,
en la que prevalezcan la comprensión,
el respeto y las oportunidades de progreso individual.*

Índice

Prólogo	6
Introducción	8
1. ¿Qué sociedad deseamos?	11
2. Nuestro desafío es cultural	15
3. Los acuerdos culturales indispensables	20
4. Acuerdo 1: Debemos comprometernos	22
5. Acuerdo 2: Condenemos profundamente la corrupción y a los corruptos	29
6. Acuerdo 3: Ordenemos las cuentas del estado	33
7. Acuerdo 4: Construyamos un estado inteligente, útil y respetuoso del vecino	37
8. Acuerdo 5: Fomentemos la iniciativa de la gente y el nacimiento de lo nuevo	41
9. Acuerdo 6: Actuemos para crear dignidad a través del trabajo	47
10. Acuerdo 7: Cuidemos la vida	51
11. Acuerdo 8: Acerquémonos al mundo	54
12. Acuerdo 9: Preservemos a los niños, nuestro tesoro social	58
13. Acuerdo 10: Revolucionemos la educación, que es el pilar de nuestro futuro	62
14. Acuerdo 11: Respetemos la Constitución Nacional	65
15. Depende de nosotros y es hora de actuar	69
Sobre el autor y agradecimientos	73



Prólogo

Por Javier Iguacel

Amar es transformar. Para lograrlo hay que perder el miedo y hablarnos con la verdad. Como bien resume este ensayo, el enemigo del amor no es el odio, es el miedo a dejar atrás convenciones culturales que unos pocos construyeron para quedarse con una porción de poder y riqueza. El paso que podemos dar es el de atrevernos a crear una nueva realidad sobre acuerdos indispensables.

Como argentinos supimos redactar un gran consenso: la Constitución Nacional. Nuestra constitución promueve la libertad, el respeto, la vida en la tierra, condena la corrupción, nos iguala ante la ley, promueve la iniciativa de los ciudadanos de emprender y trabajar, nos une en la gesta de la educación como igualadora de oportunidades, nos propone estar abiertos e integrados al mundo, protege la niñez y, finalmente, crea un sistema republicano y ordenado de gobierno, que llama a ser eficiente y efectivo para brindar servicios a los ciudadanos.

Cada una de estas premisas están descritas en este libro de manera excepcional, con ejemplos concretos de cómo nos hemos dejado engañar. ¿Es posible ponerlas en práctica? Esa es nuestra decisión. Seamos muchos más. Venzamos el miedo de enfrentar a las hienas.

No podrán con nosotros si emprendemos el camino sobre estos acuerdos indispensables para transformar nuestra sociedad en una sociedad de luz. La luz que alumbra con la verdad, que alumbra nuestro camino y el futuro de todos. Un futuro que hay que construir. ¡Hagámoslo!





Introducción

“No es saludable estar bien adaptados a una sociedad profundamente enferma”

Jiddu Krishnamurti

Estamos viviendo un momento histórico.

La degradación moral y social nos puso al límite del abismo.

Somos testigos de la corrupción, el dominio de las mafias, el avance narco, la inflación, la deserción escolar, y el exilio de jóvenes que buscan un futuro en otros países.

La pobreza estructural es muy alta y el ingreso de quienes trabajan se ha degradado.

Nos hemos ido debilitando como sociedad, aferrados a hacer durar lo conocido, que es insostenible, y muere.

Sentimos confusión e injusticia, y estamos en un punto de quiebre, tocando fondo.

Tenemos dos alternativas: o nos aferramos a lo viejo, o reaccionamos y nos lanzamos a crear un futuro distinto.

Y aprovechar esta oportunidad es esencial porque en este siglo de

aceleración del cambio prevalecerán las sociedades que fomenten el nacimiento de lo nuevo.

Hay muchas naciones que hace cincuenta años estaban en una gran crisis y pudieron salir adelante, aprovechando sus oportunidades. ¿Por qué asumir que nosotros nunca podremos?

Muchos dicen que no tenemos remedio y que salir adelante es utópico. Ellos son parte del problema, porque proyectan sus propias miserias y generan desánimo en los demás.

Este libro no es para ellos.

Es para quienes creen en sí mismos y están dispuestos a ser protagonistas.

Porque utópico es creer que estaremos mejor, haciendo más de lo que nos ha destruido.

Creo profundamente en nuestro potencial, creo que la vida es un milagro y que, mientras estemos vivos, todo es posible.


Pero para salir adelante debemos despertar, tomar conciencia de la necesidad de cambiar nuestras conductas, y comprometernos, cada uno desde su lugar.

Se sale con coraje, siendo valientes.

Nuestro problema de base no es político ni económico. Es cultural.

De nada servirá tener una mejora económica por un tiempo, un “veranito”, si no condenamos la inmoralidad.

Es hora de que los mafiosos comiencen a sentirse incómodos en este país.



Por suerte, las mafias que se han montado en nuestras miserias están débiles. El daño que nos provocan se ve con más claridad que nunca, y nuestro dolor es tan grande que estamos perdiendo el miedo. Y cuando un pueblo pierde el miedo y reacciona, se pone peligroso, como cuando se provoca una estampida de animales que arrasa con los pocos predadores que los tenían acorralados.

Con este libro busco contribuir a ese despertar, mostrando un camino para organizarnos.

Porque creo que visualizar un camino posible nos dará fuerzas, esperanza y, volviendo a creer, podremos volver a crear.

Y nadie va a proveernos un “estado de bienestar”, porque ese es un estado interior que debemos autogestionar. Debemos, y nos conviene, hacerlo por nuestros propios medios.

Ojalá este libro nos incentive a ser protagonistas de una nueva etapa de paz y prosperidad en la Argentina, aprovechando una ventana de oportunidad que, sin lugar a dudas, ya está abierta.



I

¿Qué sociedad deseamos?

“Todo lo que puedas imaginar es real”

Pablo Picasso


Deseamos estar mejor como sociedad, y nos frustra no encontrar un camino para lograrlo.

Para dejar de lado costumbres destructivas que nos dan satisfacción, debemos tener en claro por cuáles reemplazarlas, y para qué.

Dicen que para desaprender lo aprendido debemos poner algo nuevo en nuestros pensamientos, y que eso nuevo en lo que pensamos es en lo que nos convertiremos, creando una nueva realidad.

Por eso, el primer paso que debemos dar es imaginar cómo sería esa sociedad mejor y, específicamente, imaginar cómo queremos sentirnos las personas que vivamos en esa sociedad.

Cada lector imaginará una sociedad distinta, pero me arriesgo a afirmar que muchos coincidirán en algunos deseos.



Querríamos “sentirnos en paz”, ser parte de una comunidad que se percibe fuerte y con un sano rumbo común.

Sentirnos aceptados, con derecho a soñar, y con esperanza de lograr lo que nos propongamos.

Vivir en una sociedad en la que prevalezca el respeto: por uno mismo, por el otro y por la vida.

En semejante ambiente, sin dudas, disminuirían la confusión y el miedo.

La tensión social seguirá, porque la fricción es inevitable en una sociedad viva. No estaremos de acuerdo en todo, ni sería sano buscar un acuerdo de todos en todo, entonces lo lógico sería consensuar algunos acuerdos mínimos para mantenernos unidos.

La condena social a la corrupción sería verdadera y en cada uno de los ámbitos.

El estado volvería a estar verdaderamente al servicio de los vecinos.

Recuperaríamos el orgullo por la educación pública y por el servicio público en general.

Las fuerzas de seguridad y la justicia nos protegerían del delito.

Las cuentas del estado estarían ordenadas, con menos inflación e incertidumbre.

Los impuestos serían normales, respetuosos de quien los paga, haciendo viables los proyectos de la gente.

La gente pagaría sus impuestos, en retribución al buen servicio y al respeto reinante en la sociedad.

Lograríamos que hubiera más trabajo, porque nos animaríamos a destrabar la creación de nuevos empleos, sin miedo a la reacción de las mafias que viven del statu quo.

No habría planes sociales permanentes, por reconocerlos como un engaño de oportunistas que solo provoca tristeza en quienes llegaron a pensar que no podían valerse por sí mismos.

De alguna forma, en esa nueva sociedad, irían perdiendo fuerza todos los parásitos que se montaron en nuestras debilidades, hasta quitarnos las ganas de vivir.

¿Lo ven utópico?


Depende de nosotros.

Porque estas cosas buenas solo sucederán cuando decidamos que sucedan.

No podemos seguir exigiendo que otro nos solucione los problemas, en lugar de hacer algo nuevo nosotros.

Tampoco esperemos que Dios nos brinde soluciones inesperadas, como un regalo a un niño.

Creo que Dios, que nos ha dado la libertad, jamás nos haría el daño de quitarnos la posibilidad de usar esa libertad para elegir nuestro camino. Porque transformarnos y progresar por nuestros propios medios es la verdadera razón por la que estamos acá.



Porque nuestra mejora social solo valdrá la pena si luchamos para lograrla, aprendiendo mientras recorremos el camino.

Por eso debemos hacernos cargo, cada uno desde su lugar:

No sabemos cuándo llegará ese despertar, pero de algo tengo certeza: imaginarnos ese futuro es el primer paso, que nos llevará a deseárselo, y ese deseo nos movilizará para hacerlo realidad.

2

Nuestro desafío es cultural

*“Si deseamos preservar la cultura,
debemos continuar creándola”*

Johan Huizinga


Hablar de algo cultural suena etéreo, intangible, difícil de definir.

¿Qué es lo cultural? Aquello que incorporamos a nuestra conducta, que hacemos aun cuando nadie nos está viendo, porque lo tenemos arraigado.

Muchos dicen que no tenemos remedio, porque nos hemos degradado en un “sálvese quien pueda” que ha venido consumiendo nuestro futuro, consistentemente y por siglos.

“¡Dame la mía!”, decimos, mientras tomamos un atajo y miramos para otro lado para no ver el daño que hacemos.

Esa debilidad cultural ha sido aprovechada por grupos que han desplazado a la gente buena en muchos ámbitos. Ejemplo de ello



son la mafia sindical, la política, la empresaria, la de aduana, la de la industria del juicio, la de los dirigentes del fútbol, las barras bravas, la policial, y la de varios movimientos sociales, entre otras.

Estas mafias están tan enquistadas, rodeadas de gente funcional a ellas, que parece imposible romperlas.

Somos como un gigante adormecido, al que se subieron muchos parásitos que le han ido chupando la sangre. Y llegó un momento en el que la sangre que chupan los parásitos es mayor a la que produce el cuerpo, al límite del colapso.

Ese gigante, que somos la mayoría de los miembros de una sociedad deseosa de estar en paz, de poder educar a sus hijos, trabajar y progresar, debe decidir si se despierta y sacude a los parásitos, o muere.

Y tengamos cuidado, el parásito cultural también se ha instalado en cada uno de nosotros, y nuestra lucha debe iniciarse buscando nuestra propia transformación.

Pero no estamos perdidos, no toda la gente es mala, no todas nuestras costumbres son malas, y el bienestar económico alrededor de estas mafias, lo que les ha dado poder, se ha debilitado, y lo saben.

Están dadas las condiciones para la rebelión de las mayorías, que de tanto sufrir están perdiendo el miedo, e intuyen que reaccionando hay más para ganar que para perder.

Por otra parte, no todos nuestros hábitos culturales son destructivos. Hay muchos buenos, y me gusta graficarlos con el ejemplo de la ambulancia en la autopista, una suerte de oasis en la degradación.

Cuando llegamos al peaje para ingresar a la autopista, están los que se nos pegan atrás para pasar gratis, o las motos que pasan por el costado, sin pagar. Cuando se complica el tráfico, aparecen los banqueros, que luego se cuelan para volver, perjudicando a los que quisieron respetar las reglas, que se sienten tontos, y así podemos contar decenas de historias de una cultura del “sálvese quien pueda”, cuyas miserias se toleran en la autopista, y hasta se sienten parte de uno. Sin embargo, cuando oímos la sirena de la ambulancia, todos nos terminamos corriendo para que pase, porque tenemos claro que “con eso no se jode”.

Este ejemplo muestra que aún buscamos respetar aquellas cosas que creemos necesarias, y que sabemos que no seremos los únicos en respetarlas porque hay un consenso en torno a ellas.

Otra forma de verlo es por el opuesto. Al ser muchos los que tienen adoptado ese comportamiento, sabemos que, si no lo hacemos, quedaremos expuestos.

Pero, por la razón que sea, lo hacemos porque ya está arraigado en nosotros.

Nuestro desafío como sociedad es lograr un nuevo grupo de acuerdos, indispensables para frenar la debacle y poder salir adelante, internalizando que, a partir de ese momento, con esos acuerdos, “ya no se jode más”.

Necesitamos un verdadero compromiso social, que provoque una condena social a quienes incumplan los acuerdos básicos, y un sentimiento de aceptación y pertenencia a los que sí lo hagan.

Sabemos que debemos cambiar nuestras actitudes, pero nos hacemos los distraídos. A veces, para preservar un puesto de trabajo, otras veces, para preservar una ventaja, por miedo a no poder subsistir siendo íntegros o, incluso, por miedo a sentirnos los únicos idiotas que no aceptan la forma en que “aquí se hacen las cosas”.

Pero esas cosas dejaron de funcionar, y eso con lo que hemos transado ya no sirve.

Si queremos salir adelante, nadie hará el esfuerzo por nosotros. Debemos ser protagonistas del cambio, cada uno desde su lugar.

No saldremos adelante haciendo más de lo mismo. Si no logramos algunos acuerdos esenciales que nos permitan enderezarnos, no habrá futuro social.

¿Por qué hablo de acuerdos? Porque debemos proponernos cosas que se puedan definir, que sean sencillas de entender, de transmitir, de cumplir. No es lo mismo proponernos hacer actividad física, que hacer diez flexiones por día. No es lo mismo manejar con responsabilidad en la autopista, que dejar pasar a la ambulancia.

El acuerdo debe ser claro y concreto para lograr que sea masivo.

¿Por qué hablamos de acuerdos “culturales”? Porque debemos internalizarlos, deben pasar a formar parte de nosotros, de lo cotidiano, siempre, aunque no nos vean, como en el caso de la ambulancia.

Si es un acuerdo cultural argentino, entonces quien viva en esta sociedad y no lo cumpla, se sentirá expuesto y solo.

Y créanme, estamos listos para lograrlo porque, sin saberlo, tene-

mos más consensos de lo que creemos, solo falta clarificarlos y unirnos para lograrlos.

El tiempo llegó y lo que falta es reaccionar, con un rumbo común.

La oportunidad que tenemos es enorme y no debemos dejarla pasar.





3

Los acuerdos culturales indispensables

*“Seremos tan fuertes como unidos estemos,
y tan débiles como divididos estemos”*

J.K. Rowling

Creo profundamente que los acuerdos que describo en los próximos capítulos son indispensables.

Todos.

Me gusta relacionarlos, como imagen, con las condiciones que deben darse para que germine una semilla.

¿Se imaginan una planta que germine sin agua?

Y aun teniendo agua, ¿se imaginan que prospere si no están dados la calidad del suelo, la luz y la temperatura adecuados?

Todos estos elementos, y quizá otros, como la presencia de plantas complementarias, abejas u otros insectos, y la ausencia de alimañas,

deben darse en simultáneo para que esa planta prospere, se sostenga en el tiempo y llegue a dar frutos.

Lo mismo pasa con una sociedad.

Las complejidades y desafíos para progresar son enormes. Debemos lograr la convivencia pacífica entre millones de personas, que dentro de cada comunidad tienen sentimientos e intereses distintos, y que, además, deben interactuar con un entorno global desafiante.

Vivimos en tiempos en los que hay una aceleración del cambio, lo que genera un clima de incertidumbre, y cada uno de nosotros recibe, en ese entorno, un aluvión de información que en muchos casos genera confusión y ansiedad. Por ello, lograr acuerdos culturales claros y concretos es muy importante para sentirnos contenidos y estabilizados, con el reto adicional de que la adaptación cultural es más lenta que la velocidad del cambio y del fluir de la información.

Por eso estoy convencido de que cada uno de los distintos acuerdos planteados en los próximos capítulos es indispensable para que prospere, o “germine”, el grupo social.

A modo de ejercicio, para descubrir la relevancia de cada acuerdo descrito más adelante, los desafío a que, cuando lean cada uno, definan si creen posible que una sociedad prospere y logre una sensación de bienestar sostenible en el tiempo, sin ese acuerdo.

Si termina pasando que creemos que todos son indispensables, ¿por qué no luchamos para lograrlos?



4

Acuerdo I: Debemos comprometernos

*“El mundo no será destruido por los que hagan el mal,
sino por los que lo vean y no hagan nada al respecto”*

Albert Einstein

Para “asegurar los beneficios de nuestra libertad”, como dice el preámbulo de la Constitución, cada uno de nosotros debe asumir el compromiso de hacer un buen uso de esa libertad.

Esto es de particular importancia en esta época en la que enfrentamos un gran desafío no solo dentro de nuestra comunidad, sino también a nivel global.

Si bien en el siglo 21 se ha afianzado la democracia en el mundo, y hay un gran consenso sobre el derecho de las personas a ser libres en sus decisiones, vemos con frecuencia que aun en países muy democráticos y supuestamente exitosos, hay reclamos sociales de magnitud.

Creemos en la libertad, pero es común ver la palabra libertad asociada con insensibilidad, sobre todo cuando se habla del liberalismo económico.

Se llegó al consenso de que la libertad es necesaria, pero aparece evidencia de que no es suficiente.

No se cree socialmente en esa afirmación de que, en lo económico, una mano invisible regula los mercados, y que la situación de inequidad social se soluciona cuando la libre competencia crea riqueza que se derrama en la sociedad.

Parecería, al menos, que, en este siglo en que todo se acelera, las personas no tienen tiempo suficiente para esperar a ver si esta teoría funciona para ellos.

Entonces, la sensación de bienestar económico no se dará solo por tener un entorno de libertad, sino que hace falta agregarle el compromiso social de las personas que participan de ese entorno.

Se le atribuye a André Malraux haber dicho que “el siglo 21 será espiritual, o no será”.

Si queremos disfrutar de los beneficios de la libertad, debemos ajustar nuestras conductas para estar a la altura del desafío que implica tener esa libertad.

No es lo mismo que haya libertad en un entorno solidario, que en un entorno de indiferencia.

El problema no es el sistema, es la actitud individual de quienes actúan en ese sistema.

Si los miembros de una sociedad actúan sin conciencia social, ningún sistema funcionará.

En cambio, si los miembros de la sociedad han desarrollado un adecuado nivel de conciencia, el sistema será un tema secundario, adecuado a cada cultura.

Pero, ¿qué sería “hacer un buen uso de nuestra libertad”?

Para que haya una convivencia sana, debemos comprometernos a empatizar con el otro, a comprender las razones de su voluntad.

Nadie piensa exactamente igual a otro, ni sería sano pretenderlo, pero sí se puede construir un clima de convivencia mínima, al menos en el que sintamos que somos una sociedad sostenible en el tiempo.

Para mí, usar bien la libertad individual es actuar, en nuestro día a día, de tal manera que quienes nos vean crean “un poco más” en que este mundo vale la pena. Es sembrar esperanza con nuestra conducta al actuar con justicia, comprensión, solidaridad o integridad, entre otras posibilidades.

Lo opuesto sería ir sembrando resentimiento con nuestros actos, o desesperanza, tanto por hacer cosas malas, como por verlas y no hacer nada.

Es sumamente actual el texto del evangelio que dice: “Es inevitable que haya escándalos, pero ¡ay de aquel que los ocasiona! Más le valdría que le ataran al cuello una piedra de moler y lo precipitaran al mar, antes de escandalizar a uno de estos pequeños. ¡Por lo tanto, tengan cuidado!”

Interpreto que escandalizar a un pequeño es dañar a quienes nos están mirando, de quienes somos ejemplo, o que dependen de nosotros, quitándoles esperanza, ganas de vivir, o resintiéndolos por mostrarles un mundo incoherente, injusto, hostil.

Los argentinos hemos hecho un mal uso de nuestra libertad, porque estamos divididos, tristes y empobrecidos. Hemos dejado de creer en nuestra capacidad de construir un entorno sano.

Los líderes políticos son relevantes, pero la respuesta no está en ellos. Nadie guiará a un pueblo a donde no quiere ir. Al menos, nadie tiene ese poder desde la libertad.

En todo caso, cuando despertemos como sociedad, elegiremos correctamente a nuestros líderes, y estaremos de su lado para sostener el buen camino en el tiempo.


La Argentina nos necesita protagonistas, cada uno desde su lugar:

No saldremos adelante por magia, haciendo más de lo mismo, pidiendo que otro nos solucione nuestros problemas, mirando para un costado cuando vemos injusticias.

Ningún futuro valdrá la pena si estamos podridos por dentro.

Hemos llegado a lo grotesco, a tolerar sin reaccionar que los empleados de empresas tengan miedo de ciertos sindicalistas que en teoría deberían cuidarlos, y que haya una industria del juicio en la que abogados delincuentes arman causas, en sintonía con la justicia, fundiendo a pequeños empresarios.

Hemos llegado a tolerar que la agenda de la educación pública



quede en manos de sindicalistas cuya prioridad no son nuestros hijos, y que estén acompañados de maestros que los adoctrinan porque no creen que los niños tengan un potencial mayor a un voto.

Me sorprende ver a los fanáticos de algún club de fútbol aceptar que este esté en manos de delincuentes, que saquean sus cuentas, transan con las ventas de jugadores y desatienden a las familias del sembrero. ¡Ni siquiera reaccionan cuando los barras desplazan a las familias de la cancha y se daña al club de sus amores!

Algunos se quejan y exigen que las dirigencias hagan algo, pero a la hora de elegirlos votan a los mismos, a los corruptos que saben “manejar el entorno en el que nos movemos”.

Y esos corruptos, además, no gozan de un poder verdadero, ese poder que permite generar una épica de unión y acción en la sociedad, y entonces necesitan comprar su poder con los recursos y las fuerzas de choque de estas mafias.

Está muy claro que, como sociedad, mayoritariamente, nos hemos acostumbrado a nadar en esa pecera de agua turbia, siendo cómplices por miedo o por mantener privilegios.

Y así estamos. Fruto de nuestro adormecimiento, los abuelos no tienen para vivir dignamente, las parejas tienen poco entusiasmo por tener hijos, y los jóvenes se quieren ir del país porque sienten que los adultos les hemos robado su futuro.

Nuestros liderazgos, en cada uno de sus ámbitos, han sido elegidos por gente con la mentalidad actual, para sacar provecho de las cosas como están. Ellos no las van a cambiar porque ni siquiera tienen ese mandato.

Los que debemos cambiar somos nosotros, pensando y actuando distinto en un proceso que llevará años. Mientras no estemos suficientemente enojados como para reaccionar, seguiremos viviendo en un medio decadente y miserable.

Y cuando perdamos el miedo y transformemos el dolor en acción, nos vamos a sorprender; porque es increíble la fuerza de un pueblo que reacciona.

Las mafias, en el fondo, son cobardes. Todo lo hacen por plata y no por amor.

Seremos imparables cuando actuemos desde una mayor consciencia de la importancia que tienen para los demás nuestras actitudes.


Pero aún no lo hemos descubierto, porque no hemos tocado fondo como para reaccionar.

Si los mayas y los incas desaparecieron, ¿por qué estamos tan seguros de que no desapareceremos nosotros?

Se lograron cosas enormes desde el despertar social en las últimas décadas, como cuando se derribaron los muros del comunismo en el siglo 20. Una población adormecida y miedosa llegó a soportar que quienes buscaban escapar del comunismo hacia la libertad fueran asesinados. Pero cuando la población despertó, de a cientos de miles, los manipuladores se corrieron y las puertas se abrieron.

En Argentina tenemos una ventaja, nuestro muro es mental.

Debemos despertar y actuar, primero como individuos y luego como grupo, antes de transformarnos en una sociedad irrelevante, anárquica, muerta.



La oportunidad es enorme, la tenemos ahí, enfrente de nosotros, pero debemos esforzarnos por capturarla. ¿Podemos acaso imaginarnos jugar bien a un deporte sin entrenar? ¿Podemos imaginarnos haciendo un gran descubrimiento sin investigar? Entonces, ¿cómo pensamos que lograremos una transformación social verdadera que nos permita estar en paz, si no nos comprometemos?

Ya es hora de decimos, cada día: “¿Qué puedo hacer yo, hoy, por mi gente, desde mi lugar?”

5

Acuerdo 2: Condenemos profundamente la corrupción y a los corruptos

“La miseria moral engendra miseria económica”


Alex Rovira

Estamos al borde del abismo, y necesitamos en forma desesperante encontrar algo que nos una, una razón para volver a creer en nuestra capacidad de estar bien como comunidad.

Y uno de nuestros peores defectos ha sido la tolerancia a la corrupción, la aceptación del corrupto o, simplemente, ser parte de la trama de corrupción.

Esta miseria cultural argentina ha degradado la política, el manejo del estado, el empresariado, la justicia, los sindicatos, los medios de comunicación, las instituciones en general y también nuestra autoestima.

Siempre hay gente buena, por supuesto, en todos los órdenes, pero la corrupción ha prevalecido y nos condujo al desánimo, a la tristeza y a la vergüenza.



En un entorno corrupto, quien accede a un puesto en el estado lo considera un botín, una oportunidad de saqueo, en lugar de considerarlo un honor y una oportunidad de servir a los demás.

En ese ambiente prosperan los que saben mentir, manipular, los que no se preocupan por el otro.

Cuando hay gente así en el poder, las mafias prosperan y van comprando voluntades en todos los ámbitos.

Por la corrupción tenemos inseguridad, tenemos inflación, tenemos una mala justicia, una educación degradada, gobiernos con una agenda que no es la de la gente y, sobre todo, injusticia social.

Y quien más sufre es el honesto, el confiado, el vulnerable, quien cree en el trabajo verdadero y necesita la contención de los servicios del estado.

Y los corruptos jamás cambiarán por las buenas, porque esencialmente no creen en sí mismos, no creen en la bondad, creen que la vida es una lucha por la caja y el poder, y que todo lo demás es mentira.

Sus líderes, en todos los ámbitos, buscarán permanentemente preservar el statu quo, un poco más, por cualquier medio.

En ese entorno, los liderazgos surgen de una selección natural de psicópatas, de quienes son geniales para manipular, para instalar agendas que confunden, de quienes no tienen ningún problema en mentir, porque no sienten ni creen que el bien exista de verdad.

Sin un cambio dramático en nuestras actitudes, no lograremos salir de esa trampa.

Nuestra reacción debe ser fuerte, decidida, de condena total a los corruptos en cada ámbito.

Parece imposible que los “mansos” logren desplazar a los mafiosos, pero hay dos elementos que deben darnos confianza. Cuando reaccionan los mansos, lo hacen desde el dolor, desde las entrañas, desde el asco, y de corazón. Y enfrentan a gente que no siente.

Pero lo segundo es que los mansos somos más. Para poner un ejemplo gráfico, los mafiosos serían como un grupo de veinte hienas que tienen acorralada a una manada de mil gacelas. Habitualmente logran contenerlas por un tiempo, pero no pueden frenar una estampida.


Nos hemos quedado quietos demasiado tiempo por miedo a salir solos de la manada y ser comidos por las hienas, transformándonos en el idiota que todos esperaban que se expusiera.

La quietud de la manada hace que vengan cada vez más hienas, hasta que la proporción se desmadre y la manada comience a implosionar.

Necesitamos provocar la estampida antes de que sea tarde y, por suerte, parece que estamos cerca de ese punto de dolor en el que tenemos más miedo a quedarnos quietos que a reaccionar.

Y esa reacción es condenar verdaderamente la corrupción. Hacer sentir incómodo al corrupto en todos sus ámbitos, empezando por casa.

Debe hacerse y nadie lo hará por nosotros.



Cuando el General San Martín preparaba el ejército que cruzaría la cordillera de los Andes, el Director Supremo Pueyrredón le comentó por carta, acompañando el envío de materiales, que lo que mandaba era lo último porque lo que San Martín quería hacer era imposible. El General contestó que tenía razón, que lo que quería hacer era imposible, pero imprescindible.

Estamos ante una necesidad y una oportunidad de ese tipo.

Para juntar valor, cerremos los ojos e imaginemos que, de repente, por la reacción de los mansos, los trabajadores pierden el miedo a los sindicalistas destructivos y solo van al paro cuando les parece correcto, que cuando un sindicato extorsivo paraliza la actividad de una empresa, la gente sale a la calle para defender el trabajo, que cuando se conoce un hecho de corrupción, los corruptos se sientan incómodos ante una sociedad cansada de ellos, que los vecinos hartos de la podredumbre echen a los narcos de sus barrios, que los que se aprovechen del estado sientan vergüenza y que, producto de este tipo de situaciones, nuestro humor social comience a sanar, día a día.

No tengamos dudas de que como sociedad despierta votaremos mejor, y de que quienes gobiernen, ante la presión pública, comenzarán a nombrar gente más sana en los puestos relevantes, en un proceso virtuoso.

Cuando nos animemos, veremos que somos muchos más los que buscamos la paz y la justicia que los que nos han tenido acorralados, parasitando nuestras miserias.

6

Acuerdo 3: Ordenemos las cuentas del estado

*“La moderación es la madre del orden,
y el orden lo es de la paz”*

San Agustín

Un estado que gasta consistentemente más de lo que recauda genera vulnerabilidad.

No es al revés.

¿Cuántos años más tardaremos en ver la relación entre un estado que gasta de más, la inflación y la pobreza?

¿Alguien duda, a esta altura, de que la inflación afecta a los más pobres, que no tienen herramientas para cubrirse?

Creo que ya nos hemos dado cuenta.

Los argentinos tenemos el récord de tiempo en que un estado gasta de más, esto sucede desde hace más de setenta años y, en

consecuencia, tenemos también el récord de inflación acumulada en el mismo período.

Mienten los que dicen, desde el poder, que gastan para favorecer a la gente, cuando lo hacen en forma escandalosa, provocando un déficit que genera inflación e incertidumbre, y afecta a la gente que dicen proteger.

Ellos están comprando tiempo en el poder con dinero ajeno, consumiendo el futuro de toda la sociedad, pero, sobre todo, provocando la miseria de largo plazo de aquellos a quienes dicen beneficiar en el corto plazo.

Algunos vivos prometen hacer magia con las cuentas del estado, gastando de más para siempre, y alegan que emitir dinero no genera inflación y que incrementar la deuda pública o subir impuestos no es tan grave.

Ya comprobamos que esa magia no ocurre, y que el desorden en las cuentas del estado genera vulnerabilidad, incertidumbre, angustia, y que quien lo hace daña a los demás con su mentira.

En Argentina, dados nuestros antecedentes, el estado no puede gastar más de lo que recauda.

Si queremos sentar las bases para vivir en paz y prosperar, debemos comprometernos con el orden. Se gasta lo que se recauda, igual que en nuestras vidas personales.

Ese orden permitirá recuperar la credibilidad, sobre todo, nuestra autoconfianza, y no solo reducirá la inflación, sino que también nos permitirá volver a creer en nuestra moneda, con todos los beneficios que eso trae al progreso.

Gracias al orden fiscal, la menor inflación favorecerá la transparencia, condición esencial no solo para controlar la corrupción, sino para promover el buen uso de los recursos del estado, un tema indispensable que veremos más adelante.

Al principio habrá que hacer esfuerzos, pero si estamos todos convencidos de sostenerlo en el tiempo, los beneficios llegarán antes de lo pensado.

Imaginemos, por un momento, que en casa gastamos permanentemente más de lo que ganamos, y comienza a costarnos pagar las cuentas. ¿Cuántos meses duramos? Hagamos el mismo ejercicio con un consorcio, con un comercio, con una empresa. Es fácil imaginar que terminaremos mal, que no podremos pagar los sueldos o a los proveedores. ¿Por qué creemos que en el estado es diferente?

¿Por qué tomamos deuda? Ya aprendimos que la deuda excesiva nos daña.


¿Por qué subimos los impuestos? Ya aprendimos que aumentan la evasión y el éxodo.

¿Por qué emitimos dinero para financiarlo? Ya aprendimos que aumenta la inflación.

¡Gracias a Dios ya aprendimos!

Si el desorden nos hizo mal, no pensemos que el esfuerzo para poner orden es mucho. ¡Pensemos, en cambio, todo lo que sufrimos con el desorden!

Es indispensable que logremos un consenso sobre los beneficios



que trae este esfuerzo, para comprometernos a hacer lo necesario para ordenar las cuentas del estado y transitar unidos el camino.

7

Acuerdo 4: Construyamos un estado inteligente, útil y respetuoso del vecino

*“El que no vive para servir,
no sirve para vivir”*


Madre Teresa de Calcuta

Es importante el buen uso de los recursos del estado, y que el mismo esté al servicio de la gente y no de la política.

Muchos se llenan la boca con la importancia de tener un estado presente.

Lindas palabras, pero, en la práctica, lo que en verdad han construido es un estado tonto, desmadrado, que, al generar inflación, inseguridad, malos servicios, impuestos absurdos y desesperanza, es un estado que daña y vulnera, que no protege.

Es un estado que “escandaliza a los pequeños”, porque engaña y confunde a los vecinos, que se van acostumbrando a sentirse desamparados.



Es verdad que se hacen obras y se dan servicios, pero lo que se da no alcanza y no tiene relación con el dinero que se gasta. La ecuación es una burla si se tiene en cuenta el potencial de hacer las cosas usando el mismo dinero, pero con compromiso de verdad por servir al vecino.

Esto es tan claro, que los vecinos que logran mejores ingresos escapan de lo público y contratan educación privada, salud privada e inclusive seguridad privada.

Y los impuestos que pagamos los argentinos, ¡son los más altos del mundo!

Hemos aceptado, como sociedad, pagar impuestos altos para obtener servicios muy malos, servicios que, si podemos, ni usamos. Estamos dormidos y no tomamos dimensión de este saqueo en nuestras narices, de ser tratados como estúpidos.

Hay situaciones grotescas, en las que el estado mismo reconoce que los servicios privados se han vuelto indispensables. Un ejemplo claro es el de la salud privada.

¿Cómo puede ser que el estado prohíba a los sistemas de salud privada subir los precios libremente, cuando hay salud pública gratuita? Está reconociendo que la salud privada se ha vuelto indispensable, porque la salud pública es insuficiente, causando, por derrame, una degradación también en los servicios privados de quienes buscan escaparse del estado.

Otro ejemplo es el de Aerolíneas Argentinas, que por tener la mayor escala del mercado, debería ser la empresa más eficiente.


Pero no es así, y se ve amenazada por las aerolíneas chicas bien gestionadas, que pueden funcionar cobrando a los pasajeros un menor precio. Para proteger la mala gestión de Aerolíneas, que pierde cientos de millones de dólares por año, el estado prohibió a las empresas chicas cobrar barato los pasajes. Es decir, ¿para proteger a Aerolíneas Argentinas el estado prohíbe que otras empresas permitan a las personas viajar más barato! ¿Existe acaso una forma más explícita de reconocer que el estado no busca proteger a la gente, sino que la política abusa del estado, dañando a la gente con tal de mantener el acceso a recursos o por miedo a sindicatos extorsivos?

El estado es necesario, sí, y debe estar presente, de acuerdo, pero hacerlo enorme, fofo e inútil no es necesario, eso es usar al estado como botín político, para robar y alimentar a la militancia parasitaria, a espaldas de la gente. Eso es un acto criminal, una tomada de pelo que debemos condenar con firmeza.

Debemos exigir, cada uno en su ámbito, que el estado tenga solo la gente que debe tener, en cantidad, en formación y en vocación de servicio, con las debidas herramientas, pagándole adecuadamente de acuerdo con su capacidad. El estado debe ser una fuente de trabajo maravillosa para la gente honesta y de vocación.

No debemos conformarnos con recibir malos servicios. No debería ser necesario contratar seguridad, salud y educación privadas. Y el dinero está, porque el estado ya gasta muchísimo dinero, y solo hay que utilizarlo con el debido respeto por quienes necesitan acceder a su servicio, y por quienes pagan sus impuestos para ello.

Y lo más importante es que haciendo lo que se debe hacer es-



taremos protegiendo a los servidores públicos de vocación, a los buenos maestros, médicos, enfermeros y técnicos, a las fuerzas de seguridad y fuerzas armadas, entre tantos otros. Un estado eficiente permitirá que esa gente, la valiosa, tenga mejores sueldos, mejor capacitación, mejor infraestructura, y retome las riendas del estado, para ponerlo al servicio de la gente.

Pero es esencial que, en esta rebelión, cada uno reaccione en su ámbito. Imaginemos a un director de escuela que ve que un maestro adoctrina niños, confundiéndolos cuando son más vulnerables, y que ese director se sienta empoderado por la comunidad y tenga el poder real de alejar de los niños al mal maestro. Imaginemos ese proceso con cada servidor público en su lugar, reaccionando a la degradación, acompañado por su comunidad.

Son ellos los que deben reaccionar primero, los directores de escuela, los maestros, los buenos policías, los empleados de carrera, porque ellos conocen su terreno y aman su profesión.

Y los vecinos, comprometidos, debemos hacerlos sentir apoyados.

8

Acuerdo 5: Fomentemos la iniciativa de la gente y el nacimiento de lo nuevo

“Si no trabajas por tus sueños, alguien te contratará para que trabajes por los suyos.”

Steve Jobs

En el siglo 21 lo viejo sigue muriendo, y lo nuevo nace más rápido, más libre y distinto.

En nuestra sociedad, hace tiempo ya que la defensa de privilegios nos ata al pasado y espanta el progreso de la mayoría, que no goza de esos beneficios.

Décadas de decadencia dieron paso a una situación intolerable, no solo por la mayor velocidad del cambio, sino porque las redes sociales hacen más visibles las injusticias.

Esta aceleración de la degradación genera en nuestros corazones una sensación de caída libre hacia un fondo oscuro y amenazante.

Nuestros abuelos quedaron sumidos en la pobreza y la sociedad

en general, en la tristeza. Incluso los jóvenes fueron perdiendo las ganas de tener hijos.

Para cambiar el ciclo y recuperar el ánimo debemos crear las condiciones adecuadas que, en lo económico, se pueden resumir en una sola consigna fundamental:

***Argentina debe ser un gran
lugar para emprender***

Argentina debe ser un lugar en el que fluya el nacimiento de lo nuevo, en el que volvamos a sentirnos vivos, en carrera para jugar el partido del siglo 21.

Esta consigna puede parecer demasiado sencilla.

Es que lo económico es mucho más sencillo de lo que parece, cuando somos coherentes.

En las últimas décadas nos ha parecido que lo económico requiere el arte de la magia para lograr que se den todas las carambolas juntas, y no es así.

Fallamos cuando quisimos construir prosperidad económica sobre la miseria moral, o cuando pretendimos sacrificar el largo plazo para obtener beneficios insostenibles en el corto plazo.

A los golpes, hemos aprendido que no importa cuánta magia haga un ministro de economía, no sale adelante una sociedad que se engaña a sí misma.

Créanme que, si dejamos de engañarnos, el aspecto económico dejará de ser un tema tan relevante de conversación en nuestra sociedad.

Porque estoy convencido de que el bienestar no se trata solo de sentir que hemos llegado a algún lado en particular, sino de sentirnos encaminados, que vivimos en un entorno justo, que podemos soñar y aprovechar las oportunidades para perseguir esos sueños, y que estamos cada día mejor.

Hoy, en Argentina, el nacimiento de lo nuevo no supera la muerte de lo viejo, porque no están dadas las condiciones y, entonces, percibimos la decadencia constante de un cuerpo que muere.

Para ser bien concreto en la propuesta, a continuación incluyo un listado de las preguntas que se hará quien analice comenzar un proyecto personal, cultural o económico en nuestro país.

El reto que enfrentamos es muy concreto: si las respuestas son favorables, estaremos bien encaminados. Nacerá lo nuevo, nos iremos adaptando al desafiante partido del siglo 21, y nos sentiremos en paz.

Si eso no sucede, seguiremos viviendo en la confusión hasta implosionar.

Y el desafío, entonces, es luchar día a día para que estas respuestas sean favorables.

Imaginemos juntos... Sos joven, tenés un sueño y querés crear una empresa, hacés los números y te dan bien, buscás gente y la encontrás, querés acordar su remuneración para alinearlos al éxito y nadie se entromete, necesitás plata para construir un galpón y el banco te la presta a diez años en pesos y barata, y cuando alguien te quiera cobrar una coima por un trámite, lo denunciás y lo meten

preso. ¡Qué lindo sería! Quiero que sepas que eso es posible y se consigue en los países a los que están emigrando nuestros jóvenes. Es una pena que, por nuestra tibieza, no puedan hacerlo acá.

Las siguientes son preguntas que se hará quien desee emprender, y cuyos resultados comparará con las condiciones que obtendrá en otros países, en los que también podría invertir:

Debemos trabajar todos los días para que quien evalúe iniciar una actividad en Argentina encuentre una respuesta favorable a cada una de ellas:

- ¿Es simple iniciar en Argentina la actividad que tengo en mente?
- ¿Encontraré personas calificadas para integrar el equipo humano de mi proyecto?
- ¿Son razonables los costos laborales que tendré que pagar?
- ¿Puedo dialogar con los empleados sobre sus salarios e incentivos, y lograr acuerdos, sin estar preso de acuerdos colectivos impuestos desde lejos de la realidad de la empresa?
- ¿Hay infraestructura disponible para que funcione el proyecto que imagino?
- ¿Son razonables los impuestos que tendré que pagar?
- ¿La inflación es normal?
- Las cuentas del estado ¿están equilibradas, o hay un déficit que genera incertidumbre?
- ¿Son buenos los servicios gratuitos que da el estado, o debo

pagarle a mi gente un plus salarial para que, además de pagar sus impuestos, pague servicios privados a los que aspira?

- Los costos de logística y energía que tendré que pagar, ¿son razonables?

- ¿Hay acceso a financiamiento adecuado para mi proyecto en la moneda local?

- ¿El estado valora y da señales favorables a los que iniciamos una actividad nueva?

- Si tengo la suerte de que me vaya bien, ¿me quitarán sorpresivamente lo ganado a través de impuestos y retenciones, sin que pueda defenderme?

- ¿Hay un marco legal adecuado para el desarrollo de mi actividad?


- ¿Funciona la justicia para defenderme de quienes me pidan coimas o paralicen mi actividad para extorsionarme?

- ¿Hay seguridad en el país para mí, para mi familia y los empleados de mi empresa?

- ¿Están las calles tomadas por el narcotráfico, o este se combate?

- ¿Se respira ética en la sociedad, o el poder lo manejan los corruptos y la gente es sumisa?

- Si me va mal y quiero achicar temporalmente la empresa o salir del país, ¿podré?



- Si quiero exportar mis productos, ¿ha construido el país acuerdos comerciales para ayudarme a competir al menos en igualdad de condiciones con emprendedores de otros países?

- Si las respuestas son favorables, la situación de orden, respeto y estabilidad ¿es coyuntural, o está basada en sólidos acuerdos culturales?

Acuerdo 6: Actuemos para crear dignidad a través del trabajo

“La recompensa de nuestro trabajo no es lo que obtenemos, sino en lo que nos convertimos.”

Paulo Coelho

El trabajo es esencial para el bienestar emocional de las personas.

Trabajando nos sentimos útiles, y pocas cosas igualan la sensación de dignidad de quien tiene a su familia bajo techo, sana y bien alimentada, con el producto de su propio esfuerzo.

Todos reconocen la importancia del trabajo y, absurdamente, en Argentina todos los incentivos han jugado en contra de la creación de empleo.

Luego de décadas de caída de la calidad del empleo, se reconoce abiertamente que un empleador en Argentina enfrenta la extorsión de las mafias sindicales, la industria del juicio laboral, impuestos y costos laborales muy altos, y rigidez regulatoria que provocan que

tomar un empleado sea lo último que haga una persona que tiene otras opciones.

Las mafias sindicales han llegado a ser temidas hasta por los propios afiliados, que muchas veces quieren ir a trabajar durante un paro salvaje e injustificado, pero no lo hacen por miedo a las patotas. Estas provocan daños sociales, siendo el caso más claro el de las escuelas públicas en algunas provincias, en donde, cuando hay paros, los sindicatos impiden dar clase a los maestros de vocación, cuya prioridad son los niños.

Aun quienes buscan empleados no los consiguen porque, en paralelo, se desarrolló la industria de los planes sociales, que se han transformado en una herramienta para manipular a las personas y hacerles creer que no tienen capacidades para valerse por sí mismas.

Además, los gobiernos han tomado empleados públicos innecesarios, que se financiaron con inflación o nuevos impuestos, ahogando a la actividad privada, cuyos empleos caen.

Como consecuencia de nuestra degradación social:

- Los sindicatos, de origen noble, se transformaron en la mafia sindical,
- los derechos de los trabajadores derivaron hacia la industria del juicio,
- la asistencia social se convirtió en la destructiva manipulación planera, y

- el estado presente se transformó en un gigante bobo, cooptado por delincuentes y capas geológicas de militancias políticas.

Y a estos desincentivos locales de la creación de empleo se agrega el desafío global causado por la tecnología, que provocó cambios dramáticos y aceleró la muerte de viejos empleos.

La situación es desesperante.

¿Quién, pudiendo elegir, se metería en un país en el que puede ser parasitado por mafias descontroladas, tolerando, además, que esto sea aceptado por una sociedad dormida?


Pero hay una buena noticia. Estamos tocando fondo.

La sociedad ha comenzado a pedir empleo y no planes y, entre otras cosas, se percibe un asqueo hacia los intermediarios de planes quienes, de a poco, van perdiendo imagen y poder.

Ya hay consensos en la necesidad de tener un marco regulatorio moderno, flexible, enfocado en la creación de nuevos empleos, con una justicia que funcione, una sociedad despierta que condene la corrupción, y una educación que se enfoque en la capacitación para el trabajo.

Para salir adelante, la sociedad debe pasar del modo «cuidemos el empleo viejo que nos sirve», al modo «seamos inteligentes para generar nuevos empleos».

Solo con mayor flexibilidad laboral, menores costos y enormes esfuerzos de capacitación habrá creación de empleos nuevos genuinos que nos permitan salir de la trampa del estancamiento y la pobreza.



Paremos un poco... Imaginemos que ser empleador está bien visto, que tomar un empleado es simple, que hay flexibilidad para incrementar y reducir la planta aprovechando picos de actividad, en un diálogo constructivo con empleados y sindicatos, que si buscamos un empleado, no nos encontramos con gente que prefiere quedarse en casa o pide estar en negro para no perder su plan, que no frenamos incorporaciones de empleados para evitar que se nombre otro delegado gremial que no trabaje, que nuestros empleados no están obligados a realizar aportes a sindicatos que no valoran, y que tienen la libertad de elegir la obra social que quieren.

¡Esto pasa en el mundo! Solo debemos decidimos a lograrlo, y va a llegar.

Acuerdo 7: Cuidemos la vida

*“No podemos engañar a la naturaleza,
pero si podemos ponernos de acuerdo con ella”*


Albert Einstein

Estamos agotando los recursos del planeta, recursos que nos permiten vivir; que nos sostienen.

Se percibe un aumento de la intensidad y ocurrencia de los fenómenos extremos, la degradación de los suelos, la contaminación del agua, la pérdida de la biodiversidad, la presencia de residuos plásticos en los lugares más recónditos de los océanos, entre otros.

Cuidar la vida que habita en el planeta es cuidarnos a nosotros mismos, es reconocernos conscientemente parte de un sistema que debe estar en armonía.

Estamos viviendo tiempos difíciles, de crisis, pero también de oportunidades.



Hay mucha energía puesta por científicos, emprendedores y empresas en descubrir formas más sostenibles de hacer las cosas.

En esta etapa los avances son limitados, pero sin dudas la economía del futuro estará repleta de iniciativas en áreas como las energías renovables, la eficiencia energética, la agricultura sostenible, el reciclaje, la creación de productos biodegradables y tantos otros temas afines a la sustentabilidad.

Nosotros, como sociedad, debemos cuidar nuestros recursos naturales y estar muy atentos para fomentar las actividades del futuro.

Tomemos unos minutos para imaginar que las cloacas y los ríos suburbanos de nuestras ciudades y barrios ya no son fétidos, que aquellos que están depredando los recursos y el hábitat en lugares maravillosos de nuestro país pasan a ser trabajadores del turismo y guías de pesca y avistaje, que nos organizamos para combatir incendios, y tantas otras actividades que solo requieren ponernos de acuerdo para construir en lugar de destruir.

Imaginemos que generamos incentivos para hacer menos de lo que contamina y más de lo que sana, uniéndonos al grupo de países que se dieron cuenta de la importancia de innovar en esta etapa de gran transformación mundial, para posicionar a nuestra gente en empleos novedosos y sostenibles.

No es imposible. Otros lo hacen. Solo requiere despertar, proponernos una agenda inteligente, enfocarnos correctamente y dejar de perder el tiempo.

Esa alineación coherente con las necesidades de los tiempos que

corren, conectándonos con el cuidado consciente de la vida en todos sus órdenes, nos traerá paz y prosperidad.





Acuerdo 8: Acerquémonos al mundo

“Yo hago lo que usted no puede, y usted hace lo que yo no puedo. Juntos podemos hacer grandes cosas”

Madre Teresa de Calcuta

La tecnología está revolucionando todo.

Cambian nuestras costumbres y desaparecen muchos empleos, y hasta creencias.

Ese cambio nos desestabiliza, nos da miedo y, naturalmente, nos aferramos a hacer durar lo viejo, en lugar de abrazar lo nuevo.

El aislamiento es un concepto viejo y ya no se entienden los argumentos que lo defienden.

Las fronteras son cada vez más ilusorias.

Un país por sí solo no puede evitar el derretimiento de sus glaciares ni la contaminación de sus mares.

Las soluciones tecnológicas derriban fronteras y evolucionan más rápido que la regulación que pretende controlarlas.

La interdependencia comercial es cada vez mayor. Todos consumimos tecnología producida en algún lugar del mundo, y debemos encontrar formas de pagarla.

Y ni hablar de lo social. A través de las redes, nuestros jóvenes están conectados con experiencias de gente diversa de todo el mundo, y se consideran parte de él.

Los países más inteligentes han logrado acuerdos comerciales entre sí, de forma que quienes producen en ellos tienen más chances de vender sus productos al mundo. La contracara de esto es que los demás también querrán venderles lo suyo.


Se trata de la búsqueda de un equilibrio, en la que cada uno se esfuerza por ser mejor, siendo parte de un todo.

Argentina es uno de los países más cerrados del mundo, tanto por la falta de acuerdos comerciales como por las restricciones al comercio.

Es hipócrita cerrar fronteras para proteger a nuestros productores de la competencia de otros países, cuando los ciudadanos no hacemos ningún esfuerzo para comprar sus productos.

Si estuviéramos comprometidos a comprarlos, apoyando lo nacional, las restricciones no tendrían sentido.

Hemos querido solucionar nuestra falta de compromiso personal con regulaciones extremas, y lo que hemos generado es decadencia y aislamiento.



¿Cómo va a abrirse al mundo un país con sus cuentas desmadradas, con inflación galopante, con gobiernos corrompidos y un estado tonto, sin educación adecuada, y con habitantes que han perdido su autoconfianza? Como la miseria moral trae miseria económica, un país cuyos habitantes reconozcan esa miseria moral querrá protegerse del mundo.

Lo que nos pasa es, al menos, coherente con nuestras debilidades. Al cerrarnos al mundo, reconocemos una actitud perdedora, la actitud de quien está convencido de que si compite, pierde. Un equipo que no entrena, liderado por un entrenador vicioso y manipulador, estaría continuamente evitando jugar contra buenos equipos para no perder por goleada.

Por eso, abrirnos al mundo en forma exitosa debe darse junto con nuestro compromiso con los demás acuerdos aquí planteados, y con el convencimiento de que cerrarnos al mundo ha dejado de ser una opción. Quienes creen posible escapar del desafío global aislándose, verán que sus hijos se irán, atraídos por experimentar la vida en comunidades más estimulantes.

Nos debe guiar la confianza y no el complejo de inferioridad. Nuestra postura de país pequeño e inviable nos ha llevado a la ruina. Es la profecía autocumplida.

Para construir un futuro mejor, debemos cambiar la actitud y tener confianza en nuestras capacidades.

Es enorme la cantidad de oportunidades que pierden nuestros productores por estar en un país que no tiene acuerdos con otros países.

Si, como ejercicio, nos ponemos en el lugar de una empresa de un país extranjero que necesita confiar en un proveedor externo, preferiremos desarrollar una relación comercial con proveedores de países con los que nuestro país tuviese acuerdos comerciales, y que en sus países tuviesen reglas estables que los fortalezcan. Esa elección nos daría la tranquilidad de actuar en un entorno amigable en precios y regulaciones, y con proveedores confiables.

La disrupción tecnológica ha generado una revolución en el mundo, en el que todo está siendo recreado, brindando enormes oportunidades. Este momento es ideal para animarnos a usar nuestras capacidades para aprovecharlas.

Para iniciar un ciclo virtuoso para la Argentina debemos comprender primero en qué actividades hay futuro, en cuáles de esas tenemos buenas posibilidades de crecer y destacarnos, y, luego, promover esas actividades, en forma inteligente, estratégica, preparándonos y abriéndonos al mundo para lograr un gran impacto, aun cuando eso implique exponer en paralelo a sectores en los que no somos tan buenos.

Nuestra actitud debe ser ganadora, propia de una sociedad despierta cuyos miembros han vuelto a creer en su capacidad de organizarse.



12

Acuerdo 9: Preservemos a los niños, nuestro tesoro social

“Un niño que no ha sido aceptado o acompañado en su primera infancia por adultos dignos de imitar en lo verdadero, lo bello y lo bueno, tiene menos chances de transformarse en un hombre libre”

Rudolf Steiner

Los niños son el semillero de nuestro futuro social.

En los primeros años de vida se sientan las bases de su futuro, y su debido cuidado es el aporte más valioso que podemos hacer a la sociedad.

Debemos alimentarlos bien, porque en ese período es cuando más crece el cuerpo y, en particular, el cerebro.

Además, es su momento de mayor vulnerabilidad, y ellos dependen totalmente de quienes los criamos.

Ellos son una esponja en esta primera etapa, y perciben con todo

su ser lo que vivencian, asimilándolo para conformar su personalidad. Entonces, la calidad del ambiente en que viven es lo más importante.

La imitación es inconsciente y hay una identificación plena con los adultos. Es de suma importancia que los adultos que los rodean piensen, hablen y actúen aquello que sea digno de imitación.

Nosotros somos el mundo para ellos, y darles un mal ejemplo con actos incongruentes, contradictorios, violentos o falsos, es escandalizarlos.

Debemos regar su autoconfianza para que puedan desplegar su potencial.

El niño que no se considera amado y aceptado como es buscará ocultar lo que trae, para ser aquello que perciba que es necesario para lograr que lo quieran.

Para un niño a quien no se le ponen límites, los desafíos de cada día son aterradores, porque un niño que hace lo que quiere está tomando decisiones antes de estar listo para hacerlo.

No debemos exponerlos tempranamente a imágenes de adultos, como pornografía o violencia, porque verán el mundo como algo incomprensible y amenazante.

Nuestros errores o aciertos en esos primeros años repercuten en su vida posterior mucho más que lo que hagamos bien o mal cuando sean adolescentes.

Cumplir este rol debidamente es el trabajo más importante de una persona en toda su vida.

¿Existe acaso un trabajo más igualador?

Los adultos tenemos ante nosotros el trabajo que mejor rastro puede dejar en la sociedad, y que todos, sin importar el estrato social, podemos hacer maravillosamente bien.

Como sociedad debemos capacitar a los padres para acompañar bien a sus hijos, como medida esencial para salir, entre todos, de la trampa de la pobreza.

Aquellos que viven el karma del desempleo pueden sentir mucha dignidad al tomar conciencia de la enorme importancia de su tarea, que es indelegable.

Esto es algo que parece romántico, pero es absolutamente concreto y contundente.

Debemos preservar a los niños de las miserias culturales que nos han degradado. Imaginemos la alegría de sentir que, siendo ya plenamente conscientes de nuestra necesidad de transformación social, y viviendo ese proceso con compromiso y a sabiendas de que somos el cristal a través del cual cada niño ve el mundo, logramos preservar a nuestros niños de nuestras antiguas miserias culturales. Eso es posible si ellos ven en nosotros el ejemplo de voluntad de cambio, de esperanza y de lucha coherente por construir una sociedad más justa.

El fortalecimiento de la familia y la capacitación de los padres de todos los niveles sociales para hacer esta tarea con excelencia es esencial para renacer como sociedad.

El rol de la familia es fundamental. Se la ha subestimado en estos

tiempos, pero no podemos desatender su relevancia para contener y potenciar a cada individuo.

Recomponernos como sociedad llevará décadas, y nuestro mayor aporte es trabajar a conciencia para potenciar a quienes tomen las riendas en el futuro.

Imagino la preservación cultural de cada niño como una tarea muy sutil y constante, como la de cuidar con nuestras manos el fuego de una vela expuesta al viento, para que no se apague.

Acuerdo 10: Revolucionemos la educación, que es el pilar de nuestro futuro

“La educación es el arma más poderosa que puedes usar para cambiar el mundo”

Nelson Mandela

La educación es el cimiento del progreso y, cuando se degrada, es un certificado de pobreza.

Sarmiento decía que todos los problemas son problemas de educación.

La educación pública ha tocado fondo, y su deterioro aceleró la segregación de las familias más vulnerables, cuando uno de sus fines era justamente el de integrar a niños y jóvenes de todos los entornos. Estamos frente a un verdadero crimen social.

En la mayoría de las provincias argentinas solo permanecen en la educación pública las familias que no pueden acceder a la privada. Eso es gravísimo.

Los jóvenes fueron perdiendo interés en los contenidos, y esa falta de entusiasmo se agravó al comprobar que estos ya no servían para conseguir empleo. La deserción es altísima.

Hay mucho enojo en la sociedad. La percepción es que los padres de familia han soportado vivir en condiciones difíciles, pero no tienen deseos de tolerar que sus hijos también estén condenados de por vida a la pobreza.

¿Cómo enfrentar los desafíos sociales con una juventud no preparada y, además, desinteresada?


El cambio dramático en la educación pública es esencial para nuestra transformación social.

La nueva educación debe ser respetuosa de lo que cada chico trae, de esa energía nueva que la sociedad necesita desesperadamente.

En la educación pública debe fomentarse que los maestros de vocación retomen el liderazgo, a través del verdadero empoderamiento de los directores de escuela más capacitados para ello, con apoyo de los gobiernos municipales y de los padres, en un esquema de descentralización, enfocado en la persona de cada estudiante, buscando nutrir de nueva energía a una sociedad desesperada por reinventarse.

Los malos sindicalistas deben dejar de ser protagonistas, ya que no les importan los chicos, sino el negocio y la construcción de poder.

También debe relegarse a los maestros militantes, esos que adoctrinan a los chicos, usándolos para difundir sus ideas en lugar de respetar su libertad. Para esos maestros, un niño es un militante, un



voto futuro. Ellos proyectan en los jóvenes su propia miseria, que los hace incapaces de reconocer su milagroso potencial humano.

La nueva educación debe proteger la autoestima de los jóvenes, incentivar su curiosidad y abrazar lo distinto y diverso como fuente de aprendizaje.

Debe priorizarse el intercambio libre de ideas y considerar al error como un aliado evolutivo.

Se debe buscar despertar las capacidades de cada joven, para que tenga más posibilidades de encontrar su vocación en un mundo nuevo, lleno de desafíos y oportunidades.

La gran señal de éxito, con el tiempo, será ver que las familias vuelvan a elegir la educación pública, una educación que hoy no prefieren, aunque sea gratuita.

En el entorno adecuado, es muy probable que la vocación de maestros crezca exponencialmente, al volver a reconocerse como la profesión más humana, capacitada y valorada por la sociedad.

Acuerdo II: Respetemos la Constitución Nacional

*“La injusticia en cualquier lugar
es una amenaza para la justicia en todas partes”*

Martin Luther King

Late en nuestras almas una profunda sensación de injusticia.

Como sociedad, hemos dejado de creer que hacer lo correcto sirve para progresar.

Nos gustaría volver a sentir que “el que las hace, las paga” y que el que “trabaja honestamente, progresa”.

Tenemos mucha angustia por lo que vivimos, y la degradación moral del “sálvese quien pueda” es tan extrema que corremos el riesgo de llegar al desmadre social.

Por eso debemos comprometernos no solo a ser justos en nuestras acciones, sino también a exigir justicia en todos los órdenes, siempre dentro de los límites de la Constitución Nacional.

¿Por qué la Constitución Nacional? Porque es el marco legal y de convivencia de quienes habitamos la Argentina.

Es loable el propósito de usar bien nuestra libertad, pero nuestras acciones deben estar enmarcadas por el perímetro que establece la Constitución.

No todos conocemos su contenido y, si lo conociéramos, probablemente no estaríamos de acuerdo con todo lo que dice.

¿Queremos cambiarla? Hay un camino para ello, que se usó por última vez en 1994, a través de una asamblea general constituyente realizada dentro del ámbito de la democracia, con una amplísima participación política.

Mientras tanto, debemos respetar la constitución vigente y contribuir a hacerla respetar, ya que la constitución, las instituciones creadas en su marco, nuestros derechos y deberes son el sostén de la convivencia de nuestra comunidad.

Vivimos en una República, en la que los tres poderes del estado — el ejecutivo, el legislativo y el judicial— se controlan entre sí.

Siempre habrá tensiones entre los miembros de los tres poderes, con o sin razón, con o sin virtud, pero la independencia entre ellos es indispensable para mantener nuestro sistema democrático a salvo de los dictadores, abusadores del sistema u oportunistas del corto plazo.


Esta institucionalidad es de particular importancia en estos momentos en los que se combinan peligrosamente una degradación moral sin precedentes, una grieta social extrema y cambios pro-

fundos y veloces en la convivencia, producto de la transformación tecnológica, que están afectando hasta nuestras creencias.

Me permito comparar el rol contenedor de la constitución en nuestra convivencia social con un viaje en auto a una velocidad muy grande. Vemos pasar por la ventana paisajes y otros vehículos, pero dentro estamos tranquilos, contenidos por la carrocería, tanto que a veces podemos dormir, aun a 130 kilómetros por hora. La protección que nos brinda el auto es similar a la contención, al orden y al límite que imponen las normas de la constitución a la convivencia, ante la velocidad del cambio y los diversos intereses de los protagonistas sociales. Así como en la cabina de un auto, a mayor velocidad exterior, mayor debe ser la calidad del auto para mantener la calma interior, en un país, a mayor velocidad del cambio, mayor debe ser nuestro compromiso con los acuerdos constitucionales para mantener el orden, sostén de la paz.

Y el espíritu de la Constitución, según se describe en los seis objetivos del preámbulo, se mantiene totalmente en sintonía con nuestras necesidades actuales:

1. Constituir la unión nacional,
2. afianzar la justicia,
3. consolidar la paz interior;
4. proveer a la defensa común,
5. promover el bienestar general, y
6. asegurar los beneficios de la libertad.



También dice, en el preámbulo, que fue redactada en cumplimiento de “pactos preexistentes”. De alguna forma, los pactos propuestos en este libro, o acuerdos culturales, están en línea con los fines de la Constitución, y podría decirse que cumplir estos once acuerdos es fundamental para honrar los objetivos fijados en ella.

Depende de nosotros y es hora de actuar

*“No sabes lo fuerte que eres,
hasta que ser fuerte es la única opción que te queda”*


Bob Marley

Es muy alto el costo que hemos pagado al dejarnos llevar por nuestros instintos autodestructivos.

Por acción u omisión, hemos parasitado nuestra sociedad bajo el supuesto de que hay mucha riqueza en este país, que resiste cualquier cosa, y que nuestro sistema es malo, pero funciona.

Es curioso cuánto nos hemos degradado, causando sufrimiento a un número cada vez mayor de personas, y continuamente vuelve la pregunta: ¿cuándo tocaremos fondo?

Hay muchas señales de que estamos cerca, los negocios de las mafias se deterioran, sus liderazgos son más grotescos, y el nivel de hartazgo en la gente, de éxodo, deserción escolar y tristeza no tiene precedentes.



Es absolutamente fundamental que comencemos a transformarnos ahora, ganando tiempo para que el germen de lo nuevo se vaya fortaleciendo, antes de que sea tarde.

Cada uno de nosotros debe buscar su propia transformación, como decía Gandhi: "Nosotros debemos ser el cambio que queremos ver en el mundo".

No sirve buscar culpables de lo que nos pasa, sino que debemos reconocer que eso que nos pasa es parte de nuestro camino de aprendizaje.

Tampoco es sensato pedir a alguien que solucione nuestros problemas, porque no ocurrirá, y porque es bueno hacernos cargo de nuestro destino.

Nuestro desafío concreto es despertar y comprometernos a actuar para superar las dificultades.

Nuestras acciones deben ser contagiosas, ya que para lograr que algo grande suceda debemos ser muchos, como cuando se derribaron los muros del comunismo en Alemania, en 1989. Eso parecía imposible, hasta que se dieron las condiciones, y fluyó.

En el ejemplo de la manada de gacelas acorraladas, cada uno de nosotros debe salir de la comodidad y buscar provocar la estampida para liberarnos de nuestros depredadores y, seguramente, si a esa idea le llegó su tiempo, seremos millones avanzando en el mismo sentido. Y las hienas se correrán, porque son oportunistas y cobardes.

Se habla mucho del odio en estos tiempos, y debemos dejar esa

palabra de lado. Debemos mirar hacia adelante, pensando en el amor que, como dice la Biblia en Corintios 13, “todo lo puede”.

Tengamos claro que el enemigo del amor no es el odio, sino el miedo.


Debemos perder el miedo y animarnos a reaccionar, porque nos ordenaremos avanzando, dejando la oscuridad detrás.

Con este libro busqué provocar un despertar ciudadano y mostrar un camino, poniendo como marco un grupo de acuerdos sanadores, ciertas cosas “con las que no se jode” que nos permitan reconocernos unidos.

Es sorprendente el altísimo nivel de consenso que se percibe hoy en la sociedad sobre estos acuerdos, que a su vez están relacionados entre sí y son todos necesarios, como en el caso de la semilla que debe germinar y necesita del agua, la tierra, la luz y la temperatura para lograrlo.

¿Se imaginan acaso una sociedad que pueda prosperar desde la miseria moral, o desde un estado que dé servicios irrespetuosamente degradados, o cuyas cuentas estén desmadradas y no tenga sentido tomar un empleado por los riesgos y costos que genera? ¿Podrá acaso florecer la economía en un país aislado del mundo, en el que no sea atractivo emprender, o en el que no se proteja a los niños ni se potencie a los jóvenes desde la educación?

Todos y cada uno de los acuerdos son indispensables para que tengamos un andamiaje social coherente y ordenado, que nos permita soñar un mañana de paz y prosperidad.



Estoy convencido de que en cuanto percibamos la relevancia de estos conceptos, sentiremos una intensa angustia si no reaccionamos. Y, por el contrario, será poderosa la energía grupal que nos envuelva al reaccionar con la fuerza imparable, propia de una idea a la que le llegó su momento.

Es tiempo de darnos cuenta de lo maravilloso que es construir nuestro futuro entre todos, y de sentirlo posible.

Es hora de iniciar la transformación.



Sobre el autor

Soy padre de familia y argentino hasta el caracú. Creo profundamente en la esencia espiritual del ser humano, y soy cristiano. Me gusta mucho la vida familiar, la lectura, la pesca y la naturaleza. Soy un agradecido del *rugby*, y de la pedagogía Waldorf y sus maestros.

Me especialicé en compra, venta y transformación de compañías. Trabajé en Argentina y en el exterior, en empresas y bancos, en la actividad privada y en la pública. Entre 2015 y 2020 fui presidente de la Comisión Nacional de Valores, trabajo que fortaleció mi vocación ciudadana. Actualmente soy consultor, director de Sura en Argentina, y participo de la ONG Dinero Social.

Hace poco escribí una novela de ideas, titulada *El futuro de Argentino*, que puede leerse gratuitamente en:

www.elfuturodeargentino.com.ar

Agradecimientos

Muchas gracias a los que me han inspirado y ayudado a mejorar el contenido y la forma de este libro, con su ejemplo, sus ideas y sugerencias, y también a quienes han contribuido para su publicación.



Nota de contratapa

Hemos llegado al borde del abismo, sentimos angustia y tristeza. Es tanto nuestro dolor que ya perdimos el miedo a hacer lo necesario para salir; y ese estado de ánimo genera una gran oportunidad de transformación.

Pero no debemos engañarnos. No se trata de elegir al mejor líder o de tener un buen plan económico. Eso es imprescindible, pero no suficiente, porque la raíz de nuestros problemas no es económica, sino moral. Un buen líder solo generará los cambios necesarios si está apoyado por un pueblo despierto, dispuesto a arrasar con las mafias parasitarias que se han montado sobre nuestras miserias. Por eso, el gran desafío es individual, y debemos despertar y hacernos cargo cada uno de su lugar en la sociedad. Nadie solucionará los problemas por nosotros.

La Gran Oportunidad Argentina describe un camino concreto para salir adelante a través de once acuerdos culturales, todos indispensables y todos posibles. Acuerdos sobre los que tenemos más consenso de lo que creemos. Ojalá logre contagiarles mi esperanza de que, mientras estemos vivos, todo es posible. Estamos frente a una oportunidad única de iniciar un proceso de transformación histórico, y debemos aprovecharla.